

JESUS TUSON: *EL LUJO DEL LENGUAJE*

Eds. Paidós, Barcelona, 1989 (Paidós Comunicación, 36), 104 págs.

María Luisa CALERO VAQUERA

Universidad de Córdoba

Tras la publicación de algunos utilísimos manuales (*Teorías gramaticales y análisis sintáctico* -1980-, *Aproximación a la historia de la lingüística* -1982-, *Lingüística: Una introducción al estudio del lenguaje, con textos comentados y ejercidos* -1984-), el profesor Jesús Tusón, de la Universidad Central de Barcelona, se adentra en el género ensayístico con este preciado libro que, publicado originalmente en catalán en 1986 (*El luxe del llenguatge*) y favorablemente acogido en esa comunidad lingüística, se edita ahora en castellano.

Se trata, en efecto, de un denso -pero diáfano- ensayo que, sin traspasar las lindes de la lingüística, discurre con exquisita prosa acerca de una considerable variedad de temas: aquellos que desde siempre han preocupado a los estudiosos del lenguaje. Destacaremos, ante todo, el empeño y la insistencia del autor en la defensa de la igualdad de todas las lenguas ("En el mundo igualitario del lenguaje, cada lengua es una voz y un voto", pág. 92), en el sentido de que todas ellas -sin excepción- cuentan con los elementos léxicos precisos para referirse en cada momento al entorno real. No existen, pues, lenguas "cultas" e "incultas", "buenas" y "malas", "fáciles" y "difíciles"; no casan con las lenguas adjetivos calificativos de tal índole ("Hay que rechazar con energía el traslado de los maniqueísmos morales al mundo de las adjetivaciones lingüísticas", pág. 26): son clasificaciones tan falsas como la consideración de que unas lenguas son más idóneas que otras para la filosofía, la oratoria o el amor. Forman tales opiniones una serie de prejuicios lingüísticos muy extendidos -y no sólo entre las personas de escasa formación cultural-, que conviene desterrar de una vez por todas, puesto que, en definitiva, "todas las lenguas son aptas para el discurso cotidiano, para la filosofía pura y para la ciencia más sutil, y las limitaciones que uno pueda captar son sólo límites circunstanciales y únicamente afectan a la parte menos significativa de la lengua, es decir, al vocabulario" (pág. 90).

Otros argumentos corroboran la igualdad lingüística defendida por el autor: la propiedad simbólica de las lenguas (es decir, su capacidad de abstracción para agrupar bajo un mismo nombre clases de objetos), el conocimiento intuitivo que cualquier hablante de cualquier lengua posee acerca de las posibilidades formales y estructurales de su propio idioma y, sobre todo, el hecho de que la totalidad de los virtuales hablantes nace ya equiparada con lo que puede denominarse una "gramática universal", esto es, con los esquemas mínimos y comunes a todas las lenguas humanas, existentes o posibles. Este asunto da pie al autor para tomar parte en una de las polémicas más apasionantes de la segunda mitad del siglo XX -si bien, en realidad, no se trata de una cuestión totalmente novedosa en la historia de la lingüística-: *conductismo* vs. *innatismo*. Tusón se decanta sin ambages por la hipótesis chomskiana; nuestra mente no es una *tabula rasa*, antes bien nacemos dueños de una predisposición biológica para el lenguaje, la cual nos permitirá "descubrir" y hacer nuestra una serie de reglas gramaticales que servirán de base para la construcción de nuevas oraciones: con la sola mediación de los instrumen-

tos aducidos por la teoría conductista (repetición, imitación y analogía) no es posible -a juicio de Tusón- adquirir el grado de dominio que todos los hablantes poseen del complejo mecanismo de su propia lengua, ni explicar la formación de construcciones originales, de oraciones de nuevo cuño (muy gráficamente lo expresa el autor: “William Shakespeare no pudo escribir *Hamlet* mediante la repetición y la analogía”, pág. 28).

Junto a estas constantes o características comunes presentes en todas las lenguas (de ahí el título de este apartado: “El lujo de la unidad”), se hace referencia a la variedad de factores que, sin perjuicio de la unidad mencionada, es manifestada en el uso real del lenguaje: existen diferentes lenguas; dentro de éstas, dialectos varios, los cuales, a su vez, están integrados por multitud de registros o estilos. Sobre estos últimos se extiende el autor para destruir algunos mitos; en contra del parecer común, estima Tusón que todos los hablantes disponemos de la capacidad de cambiar de registro lingüístico, “si por ello entendemos la destreza de acoplarnos a las circunstancias ordinarias del habla y de tener en cuenta que los receptores de nuestros mensajes son diferentes” (pág. 46); por otra parte, arremete contra esa especie de “registro culto” cuya pretensión última reside en establecer divisiones entre los hablantes y que, no pocas veces, se trata del “punto amargo de un aparato escolar que pretende borrar las señas de identidad dialectal” (pág. 46). (Otra cosa es la norma estándar, deseable e incluso necesaria en su misión de lograr la supervivencia de las lenguas y mantener la intercomprensión de sus hablantes).

Además de las diversas funciones del lenguaje, otro de los aspectos que, según Tusón, testimonian la variedad y riqueza del mismo es la posibilidad que se nos brinda a los hablantes de subvertir el objetivo primordial de las lenguas (i.e., la emisión de mensajes adecuados a los aconteceres) mediante la ambivalencia, la ambigüedad y la mentira, los dos primeros fenómenos como propiedades inherentes a las lenguas (porque “una lengua no es un producto redondo ni previsto expresamente”, pág. 49); la mentira, por contra, como fruto de un acto voluntario imputable al hablante-emisor. Sin que la siguiente afirmación implique negar el valor referencial de las palabras, tales elementos perturbadores de la comunicación son posibles merced a la inexistencia de un vínculo necesario entre las palabras y las cosas: esto es, “ni *pedra* es de *pedra*, ni *gallo* canta” (pág. 55). Tusón estima -coincidiendo con B. Russell- que entre las palabras y las cosas se da, es cierto, una relación *causal* (existen las palabras porque existen los referentes), si bien *lejana* e *indirecta*, por cuanto que entre la lengua y el mundo nos interponemos los hablantes, con nuestra peculiar visión del mundo (visión que, en contra de la ‘hipótesis Sapir-Whorf’, sólo está mínimamente condicionada por el filtro lingüístico, piensa Tusón). Existe, pues, en este sentido un divorcio entre las palabras y las cosas, gracias al cual es posible considerar las lenguas como entidades simbólicas, según se afirmaba más arriba: las palabras son símbolos de clases de objetos, no de objetos únicos e irrepetibles. En consecuencia -afirma Tusón- no debemos añorar aquellos remotos tiempos de iconismo fónico en que los vocablos nos remitían inequívoca y directamente a la realidad designada: dentro de ese mundo utópico, en contrapartida, no tendría cabida la diversidad exuberante de actitudes, culturas y lenguas de la especie humana. Se trata, en definitiva, del “lujo de la diversidad”, diversidad que, empero, no debe llevarnos a perder de vista la unidad del lenguaje, porque, en palabras de Tusón, “los aposentos son variados. Y todos, sin embargo, de un mismo lugar: la morada común de la conciencia” (pág. 17).

En la tercera parte del libro, titulada “El lujo de la profundidad”, trata Tusón, en primer término, de un problema al que se han referido “prácticamente todos [los lingüis-

tas], aunque haya sido para afirmar que no tenía sentido hablar de ello” (pág. 75). Y ésta es, justamente, la conclusión a la que llega el autor. Tras la exposición de algunas de las teorías surgidas a lo largo de la historia de la lingüística en relación con el tema (origen divino del lenguaje, la poética hipótesis de Rousseau, la indisoluble asociación *hombre-lenguaje* postulada por Herder, la evolución lingüística según Schleicher...), se detiene en el comentario de algunas opiniones más recientes, que toman a las lenguas primitivas y al lenguaje infantil como discursos objetos de investigación para inquirir el origen del lenguaje. Proceder que, a juicio de Tusón, carece de validez, ya que las primeras no deben considerarse lenguas en estado de subdesarrollo y, por lo que respecta al lenguaje infantil, las circunstancias en que surge y se desarrolla son diferentes a las que debieron de concurrir en los remotos inicios del lenguaje. Por todo ello, y porque “de un metro [=un millón de años] sólo conocemos cinco milímetros [=cinco milenios]” (pág. 69), propone Tusón volver al misterio, al mito, a la especulación, pero siendo conscientes siempre de que nos movemos en el dominio -ajeno a la verificación empírica- del sueño y la imaginación.

El libro se cierra con sendos capítulos dedicados a la estética y a la ética del lenguaje. En cuanto al primer aspecto, el autor -aún reconociendo la primacía del lenguaje oral sobre el escrito, ya que “las lenguas son lenguas gracias al habla”, pág. 80- reivindica el valor de la escritura por su calidad de instrumento perfeccionador del lenguaje poético, sobre cuya esencia y finalidad realiza algunas reflexiones: por ejemplo, sobre el drama inmanente al trabajador de la palabra, al corresponderle la misión de “construir un texto diferente con unos materiales que son comunes” (pág. 82); o sobre la transgresión por parte del lenguaje poético del principio elemental de toda semiótica (a saber, que “las señales nos conducen a sus referentes sin que nos apercebamos de una mediación, pág. 83), por cuanto que el objetivo de la poesía -en sentido lato- consiste en dar relieve a esas formas relegadas a un segundo plano en el uso diario del lenguaje; o, en fin, sobre la gratitud e “inutilidad” de la lengua literaria, cuya instrumentalización sólo puede justificarse en el extremo caso de ser utilizada “para luchar contra la fealdad y la barbarie [...]; en defensa de todo lo que es humano” (pág. 87). Por lo que concierne al lado ético del lenguaje, retoma el autor una de las tesis centrales de este ensayo, la condición igualitaria y la dignidad de todas las lenguas, como argumento para combatir las tendencias xenófobas y chovinistas en materia lingüística, prejuicios que, de ordinario, permanecen en el inocente terreno de las opiniones, pero que pueden ser -y, de hecho han sido- enarbolados para avasallar a otros pueblos de diferentes hábitos lingüísticos, o puestos “al servicio de las causas imperiales” para colonizar e imponer una lengua determinada a hablantes de lenguas minoritarias.

Este es un apretado extracto del contenido del último libro de Jesús Tusón, *El lujo del lenguaje*, que consideramos una valiosa guía para internarnos en el universo teórico del lenguaje, fenómeno cuya cercanía y cotidianeidad puede llevarnos, a veces, al olvido de su compleja esencia; una obra cuya última aspiración -por el mismo autor reconocida- es la educación lingüística de sus lectores, a los que pretende inculcar, en última instancia, el respeto y el amor a las lenguas, a cualquier lengua, porque -el autor nos permitirá de nuevo recurrir a sus propias palabras- “toda mácula que caiga sobre nuestra señal más distintiva salpica igualmente a la humanidad” (pág. 11). No nos queda, pues, sino recomendar su lectura tanto a los especialistas en la materia como, en general, a los interesados por el fenómeno del lenguaje (¿y quién podrá permanecer ajeno a la capacidad que nos distingue como humanos?).